

José María Ripalda, *Umbral de época. De Ilustración, románticas e idealistas*, Madrid, Siglo XXI España, 2021, 127 págs.

En octubre de 1819 hace tiempo que Napoleón ha agotado sus Cien Días, pero las viejas soberanías europeas aún tratan de recomponerse. La catástrofe que supuso la Revolución Francesa, desde su punto de vista, es imposible de minusvalorar. La incertidumbre permanece, pues ni la Revolución ni sus enemigos han logrado acabar con ella. Puede decirse que uno de los problemas que produjo la Revolución no fue tanto que generara dicha incertidumbre, como le reprochan desde siempre los conservadores y la mayoría de los liberales, sino haber abierto un horizonte de expectativas que no pudo colmar. Al mismo tiempo, la insatisfacción, el hambre de cambio con respecto a un Régimen no solo antiguo, sino también inflexible, ineficiente e injusto, no terminaron con la derrota revolucionaria. Siguen con nosotros, siguen complicándonos la vida, siguen estimulando nuestros pensamientos, tanto o más de lo que acompañaron la trayectoria vital e intelectual de Hegel y del Romanticismo alemán.

A este respecto, Ripalda recuerda que, preocupado por el devenir de la cuestión alemana (diríamos hoy que “estresado”), Hegel escribe a Creuzer unas líneas que, a mi entender, sirven como clave para acercarse tanto al periodo, en general, como a *Umbral de época*, en particular:

“Pronto voy a cumplir los cincuenta años, treinta de ellos los he pasado en estos tiempos eternamente intranquilos, llenos de temor y esperanza, y esperé que alguna vez se terminaría el temor y el esperar. Lo que tengo que ver es que las cosas siguen igual; en las horas negras uno incluso piensa que van a peor” (99).

“Tiempos eternamente intranquilos” que, pese a la esperanza de algo que los completara, “siguen igual”. Temor y esperanza que, con todo lo que la Revolución ha supuesto, dejan su sitio a horas igual de negras, si no peores. La lectura de *Umbral de época* conecta con la actualidad por esta grieta, a saber, que todos los cambios que indudablemente han sucedido y siguen sucediendo todos los días de la semana dejan su sitio, a su manera, a la sensación de que las cosas siguen igual de negras. En nuestros días, es habitual leer y escuchar que vivimos en un mundo polarizado, gritón e irreflexivo. Desde el punto de vista del mercado intelectual, tanto en su vertiente más editorial-ensayística como en el mundo de internet y los medios de comunicación, es una marca de prestigio (convertida, eso sí, en banal introducción a lo que toque decir o escribir) señalar lo mal que están las cosas, lo negras que son las horas, lo polarizadas que están las opiniones. Podemos aprender

del Hegel cincuentón que en su tiempo esta sensación de tensión insoportable era ya el pan de cada día. Y que, pese a las pretensiones de nuestros ensayistas, la polarización social existe, en términos específicamente modernos, desde que la Revolución no fue capaz de llevar a cabo los procesos de redistribución de renta y oportunidades sociales, económicas y culturales que puso en marcha. La incertidumbre que hoy nos carcome, la precariedad que nos define y aterra a la vez, es el resultado no del cambio social, que no ha dejado de suceder, sino del fracaso revolucionario en Francia y, por extensión, en Europa. Es también el resultado de otras crisis, paralelas y entrecruzadas, entre ellas la del protestantismo. Todo ello en una época en la que Europa importaba más que ahora y todavía podía determinar el destino del mundo al menos occidental. Aunque hayan pasado más de dos siglos y haya tenido lugar un buen número de revoluciones y contrarrevoluciones diferentes a la francesa y norteamericana, es difícil no percibir, mientras se lee *Umbral de época*, la sensación de que aquella resaca no ha terminado.

Estrictamente, el libro se compone de cinco ensayos breves con una introducción y un breve epílogo. En todos ellos, Ripalda parte de la llamada “década prodigiosa”, que va desde 1795-1796 (con las *Conversaciones de emigrados alemanes* y *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe, y la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte) hasta 1804-1807 (con las muertes de Kant y Schiller, y con la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel). Se trata de una década, la de la emergencia de Napoleón como fuerza viva, que produjo “efectos espectaculares”, a la manera de un “reventón”, y que nos muestra cómo el pensamiento y la historia tratan de acoplarse, pero chirrían y se tensionan mutuamente. En efecto, “la filosofía pretende guiar al mundo, pero ella misma es síntoma” (14). Cada ensayo aborda una serie de relaciones y problemas filosófico-culturales, desde el ajuste de cuentas de Hegel con el clasicismo y el Romanticismo (y con Napoleón) hasta el retorno de Schelling a las aulas berlinesas, diez años después de la muerte de Hegel, con la intención de borrar de una vez por todas el legado (a su manera subversivo, sin duda anti-aristocrático, por más que la lectura anglosajona lo ubique en la ortodoxia prusiana) del reformismo hegeliano. Kierkegaard, Bakunin y Engels estaban allí, entre otros, y no terminaron contentos.

En mitad de este arco, Ripalda se ocupa de las “románticas e idealistas”, esto es, de las ideas y de las mujeres que desempeñaron papeles bien relevantes en su época y en las vidas y obras de los grandes nombres de su época, por más que estos las ensombrecieran para nuestra historia. Están Mary Wollstonecraft y Mary Godwin

(luego Shelley). Está el rechazo conservador de Edmund Burke hacia las *poissardes*. Está el legado de la *Emilia Galotti* de Gotthold Ephraim Lessing, que muestra cómo la *patria potestas* y el poder varonil, por más que se empeñen, no son suficientes para matar al tirano y hacer justicia. Pero sí pueden matar a una joven cuyo único delito es haber sido acosada sexualmente por un hombre privilegiado. Están las *Universitätsmamsellen*, hijas de académicos de Gotinga que pudieron asistir a la universidad, aunque, salvo una, sin matricularse. Están Christiane Vulpius (luego Vulpius von Goethe), Rahel Varnhagen von Ense y Johanna Schopenhauer. A través de las vidas de estas mujeres, de sus compromisos familiares, inercialmente conservadores, y sus afanes políticos, tendencialmente transformadores, Ripalda describe las ambigüedades del periodo revolucionario. No es solo que la Revolución fracasase, como se ha mencionado, en tanto que trasvase de renta de unos pocos y violentos privilegiados a la mayoría trabajadora. Es que no consiguió, ni mucho menos, acabar con la brutalidad en las relaciones familiares. Estas mujeres no asumen el matrimonio como retirada del mundo social y como sacrificio “natural” por el bienestar de la familia y los hijos. Se mantienen firmes en su sociabilidad. Escriben, traducen y organizan reuniones intelectuales. Para ellas, afirma Ripalda (72), “lo público es importante por lo que significa privadamente. Pero precisamente vivir de otro modo era entonces de un subversivo hoy difícil de entender”.

Umbral de época, pese a su aparente brevedad, está escrito de manera que aspira a ser prolongado por quien lo lee, aun cuando ya ha cerrado sus páginas; a ser leído en otros libros y en otras fuentes, a ser recordado a través de sus personajes, sobre todo de sus mujeres, y de las relaciones que establecen entre ellas y con su entorno.

Ripalda había comenzado con la década prodigiosa que, entre 1795 y 1805, dibuja los límites y las posibilidades del umbral de época que llamamos “Modernidad” y al que, en una medida u otra, todavía nos sentimos vinculados. Al final del libro, vuelve a uno de sus temas preferidos, ya rastreado, de otra manera, en *La nación dividida* (1978, 2016): la existencia en nuestros días, o no, de un “hilo que pudiera enlazar con aquella irrupción deslumbrante de la subjetividad libre, imperiosa por encima de todos los poderes de la Tierra y el Cielo” (123-124). Lo cierto es que cada vez es más difícil pensar lo nuevo como reventón, aunque no por ello las cosas hayan dejado de reventar (y de reventarnos). A la vez, Ripalda (15) tiene razón cuando avisa de que la Ilustración y la Modernidad no nos sirven ya como doctrinas. Solo pueden sernos valiosas trasponiéndolas. Y, sobre todo,

apunta algo muy valioso para una generación, la nuestra, que se ha empeñado en reabrir, en nombre de una radicalidad política que se afirma nada menos que de izquierdas, una supuesta brecha entre la realidad y la ficción, entre la naturaleza y la cultura, entre lo material y lo espiritual, como si la Modernidad, precisamente ella, no nos hubiese enseñado hace tiempo que esa distinción, cuando se traza abruptamente, es en sí misma voluntarista y conservadora. Aunque no siempre se cuenta de esa manera, el gran cambio que trajeron las revoluciones democráticas de finales del siglo XVIII, señala Ripalda, fue más cultural que económico. De ahí la ironía hegeliana:

“La Revolución Francesa fue una catástrofe que desencadenó una larga serie de catástrofes y desgracias. Hegel fue consciente de ello, pero se mantuvo fiel a ella, incluso cuando su derrota se hizo definitiva; seguramente es que encontró en ella algo que era verdad” (122).

Es cierto que mucho dinero no cambió de manos, pero cambiaron muchas cosas en la vida cotidiana. Se mantuvieron no pocas dinámicas e inercias, como el desprecio a las clases populares y serviciales, y a las mujeres, otras fueron disputadas. Sin ir más lejos, como hemos visto con las románticas e idealistas, surgieron notables espacios de inadaptación y focos de rebeldía individual y colectiva. Con todos estos elementos en la mezcla, a partir de esa verdad de las revoluciones francesa y norteamericana, de *Umbral de época* se aprende a no dar por sentada nuestra relación con la Modernidad como una relación lineal. Y se aprende a revalorizar el papel de nuestras conquistas culturales, precisamente por lo que significaron para la vida real, cotidiana, de millones de personas. Estos aprendizajes nos sirven no tanto filológicamente, que también, sino porque los hacemos mientras se nos ocurre cómo hacer todo lo demás que siempre hemos querido y que nos mantiene vivos, filosófica y políticamente: cambiar de vida, cambiar el mundo, aunque suene ingenuo. Porque suena ingenuo. Mejor dicho, mientras se nos ocurre cómo volver a intentarlo. Porque lo intentaremos. Y porque otros lo intentarán después de nosotros. “No es momento de esperar”, dice Ripalda (124) en la última línea del libro. Si cabe un matiz, sería este: nunca lo ha sido, nunca lo es, nunca lo será.

Eduardo Maura

emauraz@ucm.es